



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

VIERNES 1.º DE MARZO DE 1872.

NÚM. 96.



CADES BARNEA.

LA LUZ.

Cada día son diferentes las armas de que se valen nuestros adversarios para herirnos. Ayer las mentiras groseras, las suposiciones absurdas, los disparates mas monstruosos. Nosotros callamos y seguimos predicando el Evangelio. Las gentes vieron que no nos comíamos los niños crudos ni asados, y empezó á sentir un doble y profundo respeto hácia el Cristo augusto y verdadero que le anunciábamos. La mentira y la falsedad dieron su resultado; es decir, se volvieron como sucede siempre en definitiva, contra los que las usaban. La reaccion contra los clérigos ignorantes y estúpidos fué cada vez mayor.

¡Qué bendita es la libertad de conciencia! Nosotros acatamos y admiramos todas las demas libertades; pero la de la conciencia nos parece el rayo mas brillante que puede centellear en la frente del hombre autónomo y libre. Esta tierra, permitásenos que lo digamos con noble orgullo, nos debe dos cosas; primero, el anuncio de la buena nueva primitiva, del Evangelio verdadero, del Cristo sin disfraz; y despues, el movimiento religioso, moral y social que nuestra presencia ha despertado. El catolicismo español se pudria en medio de su triunfo. Los clérigos se dormían á pierna suelta en su ignorancia y cobraban soñolientamente sus sueldos, sus pensiones y sus canongías. No pensaban en nada. Pero vino el protestantismo, y los que esplotaban la unidad católica se despertaron

aterrados. Se dió el grito de alarma en toda la línea. No se trataba para ellos de una lucha generosa de ideas, de un magnífico combate de creencias. La lucha era de intereses. Las provincias que ganaran los protestantes, esas perdían ellos. No habiendo fieles no podría haber ni buenas canongías, ni buenos curatos. Las remesas de cera acabarían; las buenas almas no darian un cuarto para misas.

El catolicismo ante esta perspectiva terrorífica se levantó; digámoslo claramente, le levantamos nosotros. Nosotros, sus adversarios, le empujamos generosamente, para que saliera de aquella postracion que le habia perdido á él y que habia perdido á España. Sin nosotros hubiera seguido muerto, postrado. Tan verdad es esto, que aun hoy mismo despues de tres

años y medio de libertad de conciencia, se vé. Los alrededores de Madrid estaban y están poco menos, y sin poco menos, que abandonados por los católicos. Van los nuestros á cualquiera de estos puntos, predicán unos pocos días, acude la gente, se prepara la instalación de una escuela, cunde la noticia. A los dos ó tres meses ya se habla de la apertura de una capilla católica, de la creación de una escuela católica. ¿Lo hacen esto nuestros adversarios por amor á su dogma, por amor á su creencia? No; lo hacen por odio hacia nosotros, en odio á nosotros. ¡Bendita sea la Providencia que sabe sacar bien del mal, amor del odio!

Hoy sigue la lucha, y por tanto sigue la actividad. El odio de los católicos hacia nosotros sigue siendo mas intenso, porque han perdido la esperanza de vernos desaparecer de esta tierra, que ellos envilecieron y esterilizaron con su unidad, tósigo mortal para la nación que le bebe. Crean periódicos inmundos redactados por apóstatas y hambrientos, y andan buscando gentes descreídas que por un par de pesetas venderían su alma al diablo, y las llevan á hacer ridículas abjuraciones de cosas que jamás creyeron. Hacen esto que decimos y lo que callamos. Pero ni lo que decimos, ni lo que callamos nos hará detenernos un momento. Adelante, y Dios dé la victoria al que la merezca.

LA ADORACION DE LA CRUZ. (1)

II.

Relativamente al uso de las viandas, San Pablo escribe estas palabras: «Todo lo que no es hecho con fé, es pecado.» El apóstol quiere que usemos de ellas con fé, es decir, con la seguridad de que es agradable á Dios lo que hacemos, y que no contraría en manera alguna las prescripciones de su Palabra. Relativamente á la adoración de la cruz, ¿no debesuceder lo propio? El que adora un pedazo de madera en forma de cruz, ¿tiene la seguridad de que esta adoración es agradable á Dios, y no contraría sus preceptos? Al contrario. Pero supongamos por un momento que el pedazo de cruz ante la que se postra el católico romano, es un trozo de la verdadera cruz en que murió Jesucristo. ¿En qué parte del Nuevo Testamento se encuentra esta prescripción? ¿Cómo los evangelistas no han guardado en sus Evangelios las palabras de Jesús referentes á este asunto? Y después de todo, ¿dónde está ya la madera de la cruz de Jesucristo? A la verdad que si hubiéramos de hacer caso á todas las iglesias y á todos los particulares que dicen poseer trozos del leño en que murió el Mesías, habría para cargar, como dice un escritor evangélico, cientos de carretas. De esta como de todas las reliquias, se ha hecho un innoble inmundo tráfico. En 1239 Juan de Breemes que se llamaba rey de Jerusalem, tuvo necesidad de dinero. ¿Qué hizo? Vendió á gran precio, al rey Luis IX, la corona de espinas que tuvo Jesucristo, y á los venecianos la cruz de madera. Pero los venecianos, insaciables mercaderes, iban á hacer su negocio y no á otra cosa. Así es que revendieron al piadoso rey Luis la cruz á doble precio del que les había costado, y para estas reliquias hizo

construir el buen rey la santa capilla del palacio real de París.

¿En qué consistió que los apóstoles y discípulos de Jesús no se disputaron los trozos de la cruz? ¿Cómo no se postraron ante ella cuando todavía estaba empapada en la sangre de Jesucristo? ¿Cómo los apóstoles no encargaron la adoración de ella á los fieles? ¿Cómo no se echaron en los bolsillos pedazos de aquella cruz como otros tantos amuletos, como otras tantas reliquias que les preserváran de los males y de los accidentes de la vida? No lo sabemos; pero cuando no lo hicieron es seguro que fué para no contrariar los preceptos de su Maestro, que no quería otra adoración que la adoración á Dios en espíritu y en verdad; cuando no lo hicieron fué porque los profetas antes ya habían condenado á los que adorasen objetos de madera ó de piedra; cuando no lo hicieron fué porque el espíritu y la letra del Antiguo y Nuevo Testamento, se oponen en todo á la adoración de las imágenes y reliquias.

Bellarmino, mas cauto que otros doctores católicos, que admiten sin exámen hasta lo mas absurdo en todas las supersticiones, no quiere que se adore á la cruz con adoración de idolatría, la que solo es debida á Dios; sino que quiere que se la adore con otra adoración inferior. De manera que viene á establecer dos adoraciones diferentes: la adoración al Crucificado y la adoración á la cruz, todo al mismo tiempo. Es usual decir que se adora la verdadera cruz porque Jesús la tocó con su cuerpo, y su sangre se empapó en ella. Pues entonces, ¿qué podemos decir de aquella parte de la cruz que no tocó el cuerpo de Jesucristo y que no se empapó en su sangre? Si hemos de ser lógicos, puesto que decimos que debemos adorar la cruz porque tocó el cuerpo del Mesías, debemos también asegurar que aquella parte de ella que no le tocó, no debe ser adorada. Y si debemos adorar la cruz porque Jesús la tocó con su cuerpo, ¿porqué no hemos de adorar también el suelo que tocaron sus piés, el suelo que se empapó con su sangre, las orillas del río donde fué bautizado, las manos de los mismos que le abofetearon y hasta la misma boca de Judas que besó al Salvador? Seria preciso, dice un escritor cristiano, que el mismo Jesucristo nos hubiese dado un mandamiento expreso, mandándonos adorar todo lo que había tocado con su cuerpo.

Si el contacto del cuerpo del Salvador hubiese santificado las cosas inanimadas hasta el extremo de hacerlas objeto de adoración, ¿cuánto no mas hubiera santificado á aquellas personas que llevadas de un amor inmenso hacia El, se le aproximaban y le tocaban! Otra falta de lógica. La verdadera sangre de Jesús, segun el catolicismo, está en el cáliz. ¿Por qué no adora esa Iglesia el cáliz mismo puesto que le ha tocado la verdadera sangre de Jesús? Mas aun. ¿Por qué no adora al sacerdote mismo que tiene entre los dedos al mismo Dios? Ciertamente, dice el mismo escritor ya citado, es cosa maravillosa que su estómago que ha sido el domicilio ordinario de Cristo, no sea conservado como una reliquia, puesto que ha sido consagrado con el contacto que Jesús mismo ha tenido con él.

MOISÉS.

En algunas ocasiones nos hemos ocupado

en nuestro periódico del Moisés enviado de Dios; hoy vamos á examinar el Moisés histórico, el Moisés legislador, el Moisés grande hombre.

Dios sabe los siglos de siglos que hubiera permanecido encerrada en el santuario la ciencia, y qué hubiera sido monopolizada por la casta sacerdotal egipcia, si los planes providenciales no hubieran dispuesto que un hombre ilustre y santo la sacase del fondo de él y la vertiese en la inteligencia de otro pueblo que había de tomar de manos del pueblo egipcio la obra de la civilización humana, y la había de continuar hasta que otro pueblo y otras razas se encargasen de proseguirla. Aquel sacerdote egipcio á quien se condenó al suplicio de ser devoradas incesantemente sus entrañas por un buitre, por haber revelado los secretos del templo, es la imagen de la inmovilidad á que quieren condenar la ciencia, algunas castas sacerdotales para explotarla exclusivamente en su provecho. Este Prometeo egipcio, es decir, la civilización petrificada y momificada, debía ser libertado por Moisés.

Circunstancias extraordinarias acompañan el nacimiento y los primeros años del gran legislador. La raza de Jacob crecía y prosperaba. Raza caldea, tenía toda la lozanía y todo el vigor de aquel país bendito. El Faraon se aterrorizó y pensó en su mente los medios de amornar el crecimiento de aquella raza. Apeló á la inmolación tan usada en las antiguas sociedades. Las matronas ahogarán á los niños al nacer, dijo el tirano. Pero las matronas no los ahogaban. Cuando vamos á las casas, decían, las mujeres israelitas ya han dado á luz el niño. Son tan robustas que no necesitan para parir de nuestros auxilios. El tirano decretó entonces arrojar los niños que nacieran al río.

¿Por cuántos martirios ha necesitado pasar la humanidad para llegar al estado de seguridad en que hoy vivimos! Razas enteras escuchaban la orden que disponía su exterminio, y se dejaban degollar sin una protesta, sin una queja, como un rebaño de corderos. Dos cosas se observan en estas órdenes bárbaras del Faraon egipcio; el ningún respeto á la vida y el desden infinito hacia la herejía. Esta falta de respeto en la vida humana es una cosa corriente, vulgar, consentida por los mismos en contra de los cuales se ejerce. A la mujer, á la niña que nace no se la manda matar. ¿Por qué? Porque carece por completo de personalidad, y porque es el placer de sus señores.

Moisés es salvado de las aguas y es educado en el palacio. Es indudable que aprendió todo lo que sabía la casta sacerdotal, cuyos misterios conoció. Cuando se desarrolló por completo, tendió una mirada á los suyos y los vió tristes, encadenados, esclavos. No se olvidó ni un momento de su raza, y los dolores y sufrimientos de ella fueron los suyos. Aparte de su destino religioso tenía Moisés esa calma grande, luminosa y atrevida de los grandes libertadores de pueblos.

Aquel momento en que mata al egipcio que maltrataba á los israelitas, es uno de los en que sus sentimientos patrióticos, nacionales, de raza, estallan. La condensación de su cólera es tan grande, que no cabe dentro de su pecho. En su indignación, dice un historiador, traspasó el límite de la justicia que quería restablecer, como tantas veces acontece.

Al día siguiente halló á dos hebreos golpeándose. ¿Por qué pegas á tu hermano? preguntó á uno de ellos. ¿Quién te ha constitui-

(1) Véase el número del 15 de enero.

do en juez nuestro? le contestó el aludido; ¿ó quieres matarme como ayer mataste al egipcio? Un sentimiento de amargura debió llenar el corazón de Moisés al escuchar estas palabras. El que venia á traer la libertad á aquel pueblo de esclavos, la primer palabra que escuchaba era la de la insubordinación, la de rebelión. Los oprimidos siempre han sido ingratos con los libertadores. Los mayores enemigos de la libertad de los pueblos no suelen ser los Faraones que los despotizan, sino los pueblos mismos. La esclavitud engendra vicios de esclavos.

Los límites que solemos dar á esta clase de artículos, nos impiden continuar la historia del gran hombre. La continuaremos, Dios mediante, en el número próximo.

EL CRISTIANISMO

Y EL ESPÍRITU DEL SIGLO XIX.

II.

En un primer artículo (1) hemos dicho que el espíritu de nuestro siglo hace tan cruda guerra al cristianismo, porque confunde la pura y santa religión de Jesús con el catolicismo romano, su mas fea y repugnante caricatura. También hemos dicho que si el cristianismo fuera el romanismo seria necesario rechazarlo y afirmar que existe incompatibilidad entre él y el espíritu moderno. Pero no es así. Podemos afirmar, por el contrario, que no existe ni una sola de las grandes aspiraciones de nuestro siglo que no encuentre su perfecta realización en la religión de Jesús, tal y como la comprenden los cristianos evangélicos, es decir, como la comprendían los apóstoles elegidos por Dios para propagarla. Es natural que exista esa armonía entre el espíritu del siglo en lo que tiene de bueno, y el cristianismo, puesto que el cristianismo es quien ha puesto en el alma del hombre esas sublimes y santas aspiraciones que tanto le enaltecen. El romanismo, religión del hombre, engendro del pecado, rebelión contra Dios, rechaza y condena todo cuanto es necesario al hombre para su completo desarrollo. Probémoslo.

Todos sabemos que el gran ideal de los pueblos antiguos se cifraba en la idea de sociedad y que no se tenía cuenta del individuo para nada, absolutamente para nada. El individuo que daba confundido en la gran masa de sus semejantes; para la masa se deliberaba, se legislaba, se ejecutaba. Que un individuo cualquiera, fuera atropellado, muerto ó ultrajado, ¿en qué podía un hecho aislado de esta naturaleza, perjudicar al conjunto de los otros hombres? Una conciencia violentada, un corazón despedazado no merecía el honor de que nadie se detuviera á contemplar este tristísimo hecho. Es cierto que un día el gran Cicerón conmovió al pueblo con el relato de un castigo impuesto á un romano en una nación extranjera; pero su auditorio se conmovió, no tanto porque un hombre hubiera sufrido, sino porque en su angustia decía: «soy ciudadano romano,» y nadie hacía caso de sus protestas. Poco importaba al pueblo romano que se hubiese maltratado á un individuo; lo que le importaba era vengar la ofensa hecha á la sociedad romana. El principio antiguo era «todo para la sociedad, nada para el individuo.»

El principio de los tiempos modernos es diametralmente opuesto á este que acabamos de mencionar. Un hombre solo vale tanto como todos los hombres reunidos; una sola razón vale tanto como las demas razones; una sola conciencia es tan sagrada como las conciencias de un millon de hombres. De este principio provienen las libertades modernas. De este principio han salido el sufragio

universal, la libertad de enseñanza, la de la prensa, la de cultos, todas las libertades, en fin, cuyo reconocimiento y práctica desinteresada forman la mas brillante aureola de nuestro siglo.

Pongamos ahora, en presencia de estas aspiraciones, á las dos Iglesias que en Europa aspiran á ser la representación genuina y fiel de la religión cristiana.

La religión católica romana, conforme con el principio antiguo que confiscaba al hombre en provecho del Estado, confisca al individuo en provecho de la Iglesia. La tendencia de esa religión, infiel al espíritu de su Divino fundador, es la de sustituir el sacerdote al hombre. El sacerdote ora por el individuo, ofrece el sacrificio de la misa por él, lee por él la Palabra de Dios, pregunta por él y por él responde.

La Iglesia romana es una inmensa y poderosa máquina que funciona con la regularidad y la independencia de una máquina. Con tal que el individuo se anonade ante ella y haga profesión de aceptar sus doctrinas, aun cuando no tenga la menor idea de lo que enseñan, su salvación está asegurada.

Sus millares y millares de sacerdotes despues de haber absorbido en sí la individualidad religiosa de sus innumerables adeptos, deponen respetuosamente su propia individualidad á los pies del Papa. Todos los sacerdotes romanos saben lo que tienen que leer y lo que tienen que rezar; todos se inclinan y se levantan al pronunciar ciertas palabras; todos son movidos por un mismo resorte, uniformidad admirable que muchos podrán alabar; pero que, preciso es confesarlo, deja poco espacio á la individualidad. Un hombre solo posee la verdad; cuando él habla, el mundo tiene que humillarse y adorar. Hay que creer ó ser anatema. Si la razón de un hombre se subleva, poco importa; es necesario creer. Si la conciencia indignada protesta, impóngase silencio á la conciencia; es necesario creer.

¿Exageramos, por ventura, en todo cuanto acabamos de decir de la Iglesia de Roma? ¿Permite ella que el hombre crea, espera y ame fuera del círculo que ha trazado su inflexible compás? ¿Permite ella que el hombre someta seriamente al examen el mas insignificante de sus artículos de fé? ¿Permite ella que el hombre sea hombre?

La religión evangélica ha reivindicado los derechos del hombre absurdamente negados por el romanismo. En el libro de las revelaciones, en la Santa Palabra de Dios algunos cristianos leyeron con asombro que Dios llama á todo hombre, por oscuro y miserable que sea su condición, á la gloriosa dignidad de *rey y sacerdote*, y dedujeron en consecuencia que Dios se ocupa mas de los hombres que de las instituciones.

Se ha dicho en son de burla que «todo protestante es un papa cuando tiene la Biblia en su mano,» y nosotros añadimos que es mas que un Papa; es un hombre cuya inteligencia no está necesaria y fatalmente encadenada á las prescripciones del pasado. Todo protestante cristiano puede entrar en relación directa con su Dios; ninguno suplica á otro hombre que se encargue de la delicada misión de salvarle. Toda la responsabilidad de sus acciones pesa sobre él, y su individualidad crece tanto mas cuanto mayor es su responsabilidad.

El cristiano evangélico necesita preguntar á Cristo cuáles son esos derechos en cuya virtud pretende erigirse en Salvador de la humanidad y en centro de todas las afecciones; es el primer paso que dá para entrar en la vida cristiana; pero despues que lo haya dado, despues que haya pesado en la balanza de su razón la autoridad del Cristo, todo lo pesará, todo lo examinará, y no admitirá nada que no apruebe su conciencia iluminada por el Espíritu de Dios. Tiene que someter todas las doctrinas á un examen, á lo menos todas aquellas que le sea posible examinar. Y cuanto mas examine, mayor será el caudal de sus experiencias, y mas poderosa su individualidad.

Bajo el punto de vista en que nos hemos colocado, ¿en qué se contradicen el cristianismo y el espíritu del siglo XIX? ¿No afirman, por el contrario,

el mismo principio? ¿No ganan ambos con que la personalidad humana se desarrolle? Tan lejos estamos de oponernos á la conquista de la individualidad, que no tememos afirmar que la posesión de ese principio es la posesión de la conciencia, y la posesión de la conciencia, la vía regia que conduce en derecha al Cristo de Dios.

El catolicismo romano es el que se opone al libre desenvolvimiento del individuo, y su oposición le pone en frente del espíritu del siglo y del Evangelio, que ella tiene la pretensión de representar. Por eso es mas importante en España la religión evangélica que la romana; porque si bien la segunda cuenta con el número y la fuerza material, la primera cuenta con la fuerza de la idea. Y tarde ó temprano, el número y la fuerza ceden ante los principios.

(Se continuará.)

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. III.—DIGNIDAD DEL HOMBRE Y SU ORIGEN INMORTAL.

Formó el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su rostro *soplo de vida* y fué hecho el hombre en *ánima viviente*. (Génesis, capítulo II, versículo 7.)

Crió de él mismo una ayuda semejante á él. Les dió consejo, lengua y corazón para pensar, y los llenó de la doctrina del entendimiento. Crió en ellos la ciencia del espíritu, puso su ojo sobre los corazones de ellos, para mostrarles la grandeza de sus obras para que alabaran el nombre de santificación, y glorificaran las maravillas de Dios. Hizo con ellos eterno pacto y les mostró su justicia y sus juicios. (Eclesiástico, capítulo XVII, versículos 5, 6, 7, 8 y 10.) Les dió el espíritu de sabiduría, santo, único de muchas maneras, discreto, ágil, imaculado, certero, suave, amante del bien, agudo, incontrastable, benéfico amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, que tiene todo poder, que todo lo vé y que abarca todos los espíritus, puro, sutil, *porque es un vapor de la virtud de Dios, y como una sincera emanación de la caridad del Omnipotente Dios*; y por eso nada manchado cae en ella, porque es resplandor de la luz eterna, y espejo sin mancha de la Magestad de Dios é imagen de su bondad.

Esta definición sublime que hace el libro de la Sabiduría, capítulo VII, versículos 7, 22, 23, 24, 25 y 26 del espíritu del hombre como emanación de Dios revela un alma inmortal, la cual siente en sí misma la conciencia de tener un Criador.

La superioridad intelectual del hombre sobre todos los animales, es también una prueba de su espiritualidad, puesto que segun la palabra del Eterno, le fué sometido al hombre el conocimiento de todas las cosas, penetrando mas ó menos tarde todos los misterios de la creación, midiendo los espacios, explicando los fenómenos, escudriñando las entrañas de la tierra, aplicando á sus usos y utilidad los secretos de la naturaleza, habiéndose hecho dueño de la electricidad, del vapor, desarrollando y explicando las virtudes químicas de las plantas, y modelando en todos sentidos la materia que al esfuerzo inteligente del hombre, cambia mil veces de forma. Sobre todo, tiene el sentimiento íntimo de lo pasado, de lo presente y de lo futuro. Recuerda, siente y prevé. No en vano el salmista esclama en elogio del hombre: «Poco menos le hiciste, que los ángeles de gloria y de honor, le coronaste y le constituiste sobre las obras de tus manos.» (Salmo VIII, vers. 5 y 6. Epístola á los Hebreos, cap. II, vers. 6, 7 y 8.)

Si tal es la belleza moral del hombre, no es menos admirable su hermosura física. Al varón es propia la fuerza y la majestad; los atractivos y las gracias distinguen á la mujer; todo en ambos anuncia los soberanos de la tierra y su superioridad sobre todos los seres animados. Tan maravillosa pareja es definida bajo el nombre comun de *hombre*, por su organización análoga.

(1) Véase el número del 15 de octubre pasado.

Se sostiene alto y derecho en actitud dominadora; su cabeza elevada hacia el cielo, presenta una faz augusta en la que se vé impreso el sentimiento de su dignidad. Un fuego divino anima su fisonomía; aire majestuoso, firme y resuelto en todos sus movimientos; toca á la tierra por sus estremidades inferiores, y parece que por su mirada la desprecia. Los brazos y las manos son los ejecutores de su voluntad, para atraer y cojer los objetos distantes, para separar los obstáculos, para prevenir el choque de un encuentro, para abrazar y retener lo que puede agradarle y acercarlo al alcance de los otros sentidos.

La residencia de esta dignísima y noble criatura, fué un jardín de delicias plantado por la mano de Dios, para que el hombre lo cultivase y cuidase; abundante de todo género de frutos hermosos á la vista y suaves para comer; paraíso situado entre cuatro rios que bañaban territorios ricos de oro y piedras preciosas. En el centro de este Eden se hallaban el árbol de la vida, y el árbol de la ciencia del bien y del mal, único fruto que le fué prohibido al hombre el comer. Los animales todos terrestres y volátiles, los sometió Dios al hombre para que los nombrase distinguiéndolos entre sí. (Génesis II.)

Nada faltaba para completar la inefable dicha de Adán, después que Dios creó á su compañera Eva. Cuando el hombre dormía en profundo sueño, el Eterno tomó una de sus costillas é incluyó carne en su lugar. La mujer fué formada. Despertó Adán, y embebecido exclamó, dirigiendo á la hermosa Eva palabras de alegría y de amor: *¡Esto ahora! es decir ¡también esta dicha! ¡hueso de mis huesos! ¡carne de mi carne! La llamaré varona porque de varón fué tomada: en verdad que por ella dejará el hombre vínculos queridos, padre y madre, y se unirá á la mujer y serán dos en una carne.*

La feliz pareja vivían libres, independientes, inmortales y dueños de la creación entera. En su pura inocencia se veían desnudos y no se avergonzaban. (Génesis II.)

(Se continuará.)

LA GRAN DISCUSION ENTRE SACERDOTES ROMANOS Y MINISTROS EVANGÉLICOS.

Un suceso de alta importancia religiosa ha tenido lugar en Roma en los días 9 y 10 del pasado mes de febrero. Hablamos de la tesis puesta á discusión en una reunion pública de católicos y protestantes sobre si *San Pedro estuvo en Roma*. ¿Llegó este á Roma en el año 42 de nuestra era, permaneció allí por espacio de 25 años, fundó la Iglesia, coronando una larga vida de trabajos apostólicos con el martirio sufrido en union de Pablo en la vía ostiense? ¿O no se alejó mas bien de Jerusalem, caminando hacia Oriente, para fijarse por último en Babilonia, precisamente en medio de los judíos de la dispersion, y morir allí en un tiempo y de una manera que aun hoy son desconocidos y que acaso nunca llegaremos á conocer?

Problema histórico es este que para nosotros, evangélicos, dice *L'Eco della Verità* de Florencia, de donde toma estos apuntes, no tiene otro interés que el que naturalmente nos lleva á desear conocer hasta lo último la vida de uno de los mayores apóstoles de Cristo; pero que para los católicos romanos es de tal importancia, que bien puede decirse que de su solución depende la existencia misma de su Iglesia.

El hecho es, que si Pedro no ha estado en Roma, los Papas no pueden pretender ya ser sucesores ni herederos de aquel poder que, segun la Iglesia romana, habia Cristo conferido al primero de sus apóstoles.

Puesta á discusión la tesis mencionada con *anuencia del Papa*, y sostenida por los oradores evangélicos los Sres. Gavazzi, Ribetti y Sciarelli, y por tres teólogos católicos romanos Fabiani, Cipolla y Guidi, en presencia de unas 250 personas reunidas

en el salon del palacio de los Sabini, anunció el presidente de la reunion que la discusión iba á principiarse; pero levantándose el evangélico Gavazzi, y haciendo notar que no se habian reunido allí por diversion, sino para ocuparse de cosas de la mayor importancia para la religion, propuso que rezasen juntos la oración dominical. Pero por natural y justa que fuese semejante proposición, no se aceptó por los católicos, y la presidencia decidió que el que quisiese orar lo hiciera mentalmente, concediendo para esto algunos momentos de silencio.

Verdaderamente que por parte de los católicos, ellos, tan acostumbrados á impetrar el auxilio del Santo Espíritu en todas sus asambleas por medio del himno *Veni Creator Spiritus*, no querer orar públicamente con el *Pater noster*, debió ser objeto de escándalo para muchos de los presentes; pero los sacerdotes romanos acaso dirigirían mejor su plégaria *sotto voce* á algun Caralampio, Cucufate ó á Ursula y sus once mil.

Demasiada estension ocuparía en nuestro periódico si hubiésemos de copiar los discursos pronunciados por ambas partes; pero nos parece útil extraer al menos los juicios expresados por algunos diarios políticos de Italia para que se tenga un concepto exacto de la opinion pública en esta materia religiosa.

La *Opinione*, periódico ministerial, escribe con fecha 11 de febrero:

«La tesis si *San Pedro ha estado en Roma*, es un problema tanto histórico como teológico, y podemos decir tambien un problema resuelto después de los importantes trabajos de crítica publicados, especialmente en Alemania, respecto á la historia del cristianismo y de su descubrimiento en los tres primeros siglos. Los resultados de esta crítica serían que en Roma se habia fundado la Iglesia sin Pablo y sin Pedro; pero nosotros no queremos entrar en esta disputa, lo cual ademas no tiene que ver con la religion, cuya verdad no depende del hecho material del viaje de San Pedro ó de otro hecho, como que hubiese cristianos en Roma antes que llegase allí el grande apóstol de las gentes, y dejamos la palabra al relator de la sesión.»

El relator, después de dar un resumen del discurso del Sr. Sciarelli, y otro de la esposición de monseñor Fabiani, concluye diciendo: «El lenguaje de los católicos fué algo mas moderado que el de los disidentes.» Respecto á Fabiani, observa: «El orador ha mostrado mucha erudición y conocimiento en lenguas extranjeras muertas y vivas; pero sus argumentos no han penetrado muy adentro en las convicciones de los espectadores, aunque los clericales estuviesen en mayoría y no dejasen de manifestar señales calorosas de aprobación á los sacerdotes y desaprobación á los evangélicos.»

Con fecha del 12, el mismo cronista declara que no se atreve á pronunciar. Dice solo del Sr. Gavazzi que la estension de su discurso absorbió literalmente toda la atención de la reunion; y que la réplica del sacerdote Guidi, demasiado escolástica, no hizo gran impresion.

Nos limitamos, por consiguiente, á manifestar y á tributar los debidos elogios á la atención y cortesía de ambas partes, las cuales, destruyendo malignas previsiones, demostraron que en el centro mismo del catolicismo ha pasado el tiempo de la intolerancia y el odio á la libre discusión.

El periódico el *Fanfulla* lo ha tomado á broma, y uno de sus redactores mas chistosos dijo que si él se hubiese hallado presente, hubiera preguntado á Fabiani si San Pedro vino á Roma por el camino de Falconara ó por el de Florencia; pero el *Fanfulla* es serio y hoy nos viene diciendo:

«Las impresiones dejadas por la disputa.... tanto en los ánimos del clero romano en general, como particularmente en el Vaticano, no son satisfactorias. Del éxito del primer día se habia sacado buen augurio, y el discurso de Fabiani fué muy alabado. Mucho mas se esperaba de la doctrina de Guidi, que debia tener en frente al conocido padre Gavazzi. Pero los argumentos de Guidi no fueron juzgados en la primera lectura tan punzantes como se esperaba. Ahora se esperan los actos auténticos de la disputa, que antes de ayer deben haber sido presentados á los padrinos.»

«Entretanto se cree que Pio IX ha dado orden para que no se acepten semejantes desafíos, y ha

revocado la de ponerse á disputar con los eterodoxos en sus mismos templos.»

La *Perseveranza* (14 de febrero) hace las siguientes consideraciones:

«En estos dias se verifica aquí (en Roma) un hecho nuevo en la historia eclesiástica, desde la famosa disputa de Leipzig entre protestantes y católicos de 1519, hasta hoy; precisamente una disputa entre católicos y evangélicos sobre la cuestión si San Pedro ha estado ó no en Roma.»

«La conclusion fué que los católicos declararon ceder sobre el punto de los 25 años, duración atribuida por la tradicion al primer pontificado, y esto es ya mu ho. Y se limitaron á afirmar que los evangélicos, apoyándose en los Hechos de los Apóstoles y en otros documentos, no prueban que San Pedro no pueda haber estado en Roma, lo cual es muy poco, máxime si se considera la importancia que los católicos quisieron siempre atribuir al primer pontificado, sobre el cual pusieron la piedra angular de la Iglesia. En la cronología de la vida de San Pedro quedan 10 años en los cuales no se sabe dónde haya estado, mientras que de los otros 15 se sabe seguramente que no estaba en Roma. Pero los católicos se han limitado á afirmar que en estos 10 años, segun los absurdos testimonios de los (dígase de ciertos) escritores, y segun la tradicion, ha estado en Roma....»

«Sin embargo, de cualquier modo que se juzgue y se piense sobre la cuestión histórica, las conclusiones pierden casi toda importancia respecto al hecho que una disputa de este género haya podido tener lugar en Roma, indudablemente con el consentimiento del Vaticano. ¿Es una resolución individual del Papa, ó se inaugura, ó al menos se intenta una nueva vía? ¿Es el efecto de los desengaños nacidos por el Concilio los que persuaden finalmente á variar de conducta? ¿Se acepta en máxima la discusión, ó se cede á una especie de necesidad del momento, dado que los evangélicos apretaban con mayor fuerza sobre este asunto y acusaban á los católicos de rehusar la luz?»

«Cualesquiera que sean las causas, es evidente que esta disputa es una desviación de aquella línea recta y rígida que la curia romana siguió por muchos siglos hasta ahora, y en la cual, creo que se pueda predecir sin gran riesgo, se apresurarán (?) á entrar. De todos modos, tomándola por lo que fué, esta disputa ha sido un homenaje tributado á la ciencia, á la crítica y á los estudios; homenaje que elevó (?) el ánimo de los católicos, obligados hasta aquí á atrincherarse rehusando aceptar toda discusión.»

El *Secolo*, otro diario milanés (15 de febrero) dice:

«Prescindiendo del parecer de los disputantes, yo sostengo que en presencia del público los católicos no han ganado.»

«Esprimido todo el jugo de sus discursos, no han encontrado cosa mejor para sostener su tesis que la tradicion y el hecho de hallarse la silla de la Iglesia implantada en Roma. Ellos dicen: San Pedro ha estado y ha muerto en Roma, porque así se ha creído siempre; San Pedro ha venido y ha sido martirizado en Roma, porque la Iglesia romana se encuentra aquí.»

«Los evangélicos, al contrario, si no tienen pruebas positivas, tienen en su favor una magnífica presunción, fundada en que la Biblia no habla de ello, y mas precisamente San Lucas, el cual, mientras dice que Pedro estuvo en Lidda, en Joppe, en Samaria, en Cesárea, en Jerusalem, no dice nunca que haya estado en Roma; y esto es tanto mas notable, cuanto que en esta ciudad habia plantado nada menos que el asiento del cristianismo.»

«Respecto á este punto es digno de observarse el progreso que han hecho las ideas. Antes sobre ciertos argumentos los sacerdotes de la Iglesia romana no admitían discusión; ahora no solo la admiten, sino que descienden á combatir aun con los escomulgados.»

«Algunos quieren deducir de esto un buen augurio para dar lugar á nuevas disputas, y especialmente sobre la tesis de la supremacía que los católicos quieren que Cristo haya concedido á Pedro sobre los demás apóstoles, y que después el Papa ha pretendido abrogársela, como sucesor de Pedro sobre los otros obispos.... ¡Veremos!»

Al terminar este apunte no podemos menos de exclamar con la conocida frase latina: *Quantum mutatus ab illo!* ¡Cuánto ha cambiado el Titan romano! Aun no está muy lejos el tiempo en que los oradores evangélicos Sciarelli, Gavazzi y Ribetti, en vez de ser admitidos á discutir sobre el pie de la igualdad mas perfecta con sus contrarios, hubieran sido encarcelados, torturados y quemados vivos para obligarlos á pensar de diverso modo. Compárese el tratamiento que en otros tiempos hacia sufrir la altiva, la intolerante, la iracunda Roma, al que tenía el atrevimiento de irritarla y pelear con ella,

con el que la vemos obligada á ofrecer á sus opositores de hoy. Decir y sostener unos protestantes, á pocos pasos del Vaticano, ante la supuesta tumba del apóstol Pedro, que este no ha ido nunca á Roma, deduciéndose claramente de aquí la usurpada autoridad de los Papas, es un suceso que debe haber hecho conmover las cenizas de Juan de Hus, Gerónimo de Praga, Giordano Bruno, Savonarola, Vanini, Campanella y las de tantos otros cuyos nombres están apuntados en el martirologio de la fé y de la ciencia. ¿Por qué no ha dicho ese clero romano á los oradores evangélicos, no queremos entrar en disputa con escomulgados, *non possumus*?—«Other times, other things, nuevos tiempos, nuevas cosas,» ha dicho Byron.—Nosotros añadimos: ¡El Vaticano es hoy un volcan apagado!!

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

EL MARINO.

I.

Adios, puerto del alma,
Adios, esposa,
La caldera ya ruje
Brama la ola.
¡Vamos en marcha!
Ahi se quedan mis hijos,
Guárdalos, patria.

Otras lejanas costas
Verán mis ojos,
Otros cielos azules
Otros y otros.
El de mi alma
Solo estará entoldado,
¡Ay del que ama!

Se pasará el verano,
Vendrá el invierno,
Vendrán las golondrinas
Y se irán luego.
Yo seré el único
Que no vuelva á estas tierras;
¡Estoy seguro!

II.

Buque, segunda patria
Y hogar segundo,
Allí quedan los que amo
Mas en el mundo.
Huye la costa,
¡Adios, patria! ¡Adios, hijos!
Ya no hay mas que olas.

Cuando venga la noche
Yo iré á cubierta,
Y á las risueñas auras
Diré mis quejas.
¡Raudas paviotas!
Llevad estos suspiros
A aquellas costas.

Ya no verán mis ojos
Quizá mis lares;
Huracan en el alma,
Y aquí huracanes.
¡Oh! golondrinas,
Cuando volvais de España
Traedme noticias.

III.

La noche está tranquila,
Brilla la luna,
Ancha banda de plata
Las olas cruza.
No se oye ruido;
Miento, se escucha algo,
Son mis suspiros.

Esos cielos azules
Me están diciendo
Que espere en el que guardan
Sus tules bellos.
Ya estoy gozoso,
¡Adelante! ¡adelante!
Volveré pronto.

Decidles, golondrinas,
A los que amo,
Que por ellos palpito,
Sufro y trabajo.
Buque, navega,
Nos esperan los nuestros;
Vuela, sí, vuela.

A. SANCHEZ DEL REAL.

CADES BARNEA.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa los alrededores de Cades Barnea, al S. E. de la Palestina, en el desierto de Zin, no muy lejos de las fronteras de Edom. Varios recuerdos van unidos al nombre de Cades Barnea. Allí murió Maria la hermana de Moisés, y allí mismo Moisés y Aaron, su hermano, por no haber creído en la palabra del Señor, supieron que no entrarían en la tierra de promision, objeto constante de sus mas ardientes deseos.

Desde Cades envió Moisés embajadores al rey de Edom, para suplicarle permitiese á los israelitas que atravesaran por sus estados. «Rogámoste, le dijeron, que pasemos por tu tierra: no pasaremos por labranza, ni por viña, ni beberemos agua de pozos: por el camino real iremos, sin apartarnos á la diestra, ni á la siniestra, hasta que hayamos pasado tu término.» Y él respondió: «No pasareis.» Israel se apartó de su término y se fué al monte de Hor. Poco tiempo despues estaban ya en posesion de la Palestina.

LO QUE EL HOMBRE SEMBRARE, ESO TAMBIEN SEGARÁ.

En una ocasion, cuenta un pastor evangélico, entré en un cuarto en el que todas las personas que habia lloraban, menos una. Esta una estaba echada sobre un lecho y dormia, al parecer, un sueño dulce y reposado; mas su espíritu, ya lejos de la tierra, desconocia enteramente cuanto pasaba á su alrededor, aun la presencia de aquellos que la rodeaban.

—¿Me conoces á mí?—preguntó uno y otro, sin recibir respuesta ni reconocimiento de ninguna clase.

—¿Me conoce Vd. á mí?—la pregunté yo:—¿quiere que ore por Vd? tampoco obtuve respuesta. No nos habia dejado aun, pero el momento se acercaba: se vá, y pronto, á su morada celestial.

Acordándonos de un himno que ella amaba,

«Lleno de gozo voy á la region,
Do nuestro espíritu llama á Dios,»

le cantamos, y entonces pareció que su espíritu le oyó, porque una sonrisa celestial se dibujó en sus labios. Hablamos en seguida de Jesús y de su amor, y de nuevo se sonrió: se habia alejado de todo completamente menos de Jesús; su espíritu estaba con Él, aunque en cierto sentido moraba con nosotros.

Lector, ella amaba á Jesús, y era dichosa en Él. ¿Lo eres tú? El mismo sonido de su nombre fué música á su oído, cuando los demas nombres habian cesado de conmovérle. El mencionar el nombre de su amado, fué como si uno tocara las cuerdas de un arpa perfectamente afinada que rinde luego sus acordes.

Referiré su historia.

Pocos años antes vivia en la mayor ignorancia

de las cosas espirituales. Jamás habia reflexionado que debia ser salva antes de dejar el mundo, ó perderse eternamente. Visitándola un dia rogué al Señor que abriera sus ojos, que la trasladara de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Sí mismo, para que recibiera el perdon de sus pecados.

Parecia estar conmovida por la oracion, y al darme las gracias, me dijo:

—¿Dónde aprendió Vd. esta oracion? ¿Existe en algun libro? Es tan apropiado para mí.

—No, no la he aprendido en ningun libro: orar es hablar á Dios con el corazón pidiéndole lo que necesitamos.

—¡Hablar á Dios!—repitió como si fuera una cosa nueva para ella:—dígame, ¿fué Vd. siempre religioso como ahora?

—No; en otro tiempo fui mundano é indiferente; despues me volvi sério y religioso; pero mas tarde Dios me enseñó que era un pecador perdido, y como el hijo pródigo, cuando volví en mí mismo, me acerqué á El, diciendo: Dios, sé propicio á un pecador.

Ella siguió escuchándome.

—Vd. sabe,—continué,—que el Señor Jesús ha dicho: «Que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.» No te maravilles de que lo dije: os es necesario nacer otra vez.

Parecia estar muy perpleja, y respondió:

—¿Ha nacido Vd. otra vez? ¿Ha nacido usted dos veces? Aquí en este pueblo, no nacemos sino una vez.

—Es posible, y sin embargo, la Palabra de Dios no puede ser quebrantada.

—¿Qué quiere Vd. decir,—dijo ella,—que todos tienen que nacer de nuevo, ó... se calló temerosa de decir la alternativa.

En caridad, mas con toda fidelidad, la respuesta fué:

—Sí, es necesario nacer de nuevo, ó perecer eternamente.

Entonces la declaré el hecho de que el hombre, por naturaleza, está completamente arruinado: que es redimido solo por Cristo, y requerido por el Espíritu Santo; y habiendo orado para que la buena simiente echada sobre su corazón fuera bendita por el Señor, me retiré.

¡Muchos son los vientos del Norte que soplan sobre la tierra que cubre el grano de trigo! Las nieves crecen tambien sobre él; pero á su tiempo descienden las lluvias; el sol deja caer sus bienhechores rayos sobre la tierra calentándola, y entonces el grano de trigo empieza á nacer. Primero arraiga en el suelo una débil raíz, y luego aparece sobre la superficie la pequeña planta; primero yerba, luego espiga; despues grano lleno en la espiga.

Así habia pasado con mi amiga; ya para ella habia llegado el tiempo de la siega, porque la espiga ya madura y agobiada por el peso de su fruto se inclinaba, y el segador habia bajado para segarla y llevarla á su granero en medio de cánticos de regocijo.

Querido lector, un dia, puede ser que esté cerca, tú tambien te hallarás sobre un lecho de dolor y de muerte: tus amados parientes y amigos esperarán silenciosos en tu cuarto contemplando con ansiedad la menor de tus palabras.

¿Cuál es tu esperanza? ¿La tienes puesta en Jesucristo como tu único refugio? Si no, ¿cómo lo pasarás en aquel trance?

Si entonces no tienes paz, tu alma intranquila mirará por todos lados preguntándose con ansiedad indecible qué debe hacer, impotente para quedarse en este mundo, y horrorizada con la perspectiva de tener que entrar en el otro.

El lecho de la muerte es la hora de la siega, no la de la siembra: entonces en aquel momento solemne se realiza la verdad de la Palabra de Dios: «Todo lo que el hombre sembrare, eso tambien segará.»

Que el Señor en su gran misericordia te despierte de tu sueño antes que sea demasiado tarde.

Escucha su amonestacion: «Despiértate tú que

duermes en los vicios, en los placeres, en una vida mundana, indiferente y olvidadiza de Dios. Levántate de los muertos, porque entre los muertos vives, y Cristo te alumbrará.»

MIGUEL HEALY EL CAMPESINO IRLANDÉS.

Historia verdadera escrita por el reverendo Juan G.

(Continuación.)

Sin fijar su atención siquiera en lo dicho por Miguel, el cura alzó la voz y dijo á Brígida:

—Vd. ha ido á la iglesia protestante; ¿no es esto una prueba bastante de que está el diablo en su casa?

—Efectivamente, señor, mi esposa ha ido á la iglesia y Dios mediante volverá,—replicó todavía Miguel.

—Mas no es á Vd. á quien hablo,—esclamó el cura irritado.

—Pero yo tengo algo que decirlos,—replicó tranquilamente el piadoso labrador.

—Vd. no es católico,—dijo el cura.

—Perdonad, señor, lo soy.

—¿Cómo es eso? ¿No se ha hecho Vd. protestante?

—Sí señor. En otro tiempo yo era un católico romano; ahora soy un católico protestante.

—Vd. lo que está, es sumido en las tinieblas,—respondió el cura.

—Estaba en otro tiempo efectivamente, si señor, en las tinieblas, pero ahora, Dios sea loado, estoy en la luz.

—Vd. no está en la verdadera Iglesia,—esclamó su interlocutor.—Vd. es hereje y no puede ser salvo. Es preciso que vuelva al gremio de la Iglesia, que haga penitencia y reciba la absolución, sin lo cual se condenará irremisiblemente.

Miguel, que conocía perfectamente el objeto de estas palabras, que de seguro no era otro mas que el de asustar á su esposa, esperaba que el cura terminase. Luego le dijo con la mayor calma:

—Vd. que es, señor cura, una persona instruida, ¿tendrá, pues, la bondad de probarme por este Libro lo que acaba de decir?

—¿Qué libro,—preguntó el cura?

—El Libro de los libros,—dijo Miguel,—voy á traérselo á Vd.; y de repente sacando la Biblia de su viejo cofre se la presentó diciendo: pruébeme por este Libro la verdad de sus palabras y le crearé.

—No quiero tener nada absolutamente que ver con su herético libro de Vd.,—esclamó el cura,—escuche lo que dice la Iglesia, de la cual soy su ministro.

—¡Oh! señor cura,—replicó Miguel,—poco me importa lo que dice una Iglesia que no tomó el Libro como su regla de fé. Si el mismo Papa viniese á enseñarme, no recibiría sus instrucciones si no se hallan estas conformes con lo escrito en este Libro.

La discusión continuó por algun tiempo todavía. A todos los discursos del cura, Miguel oponía la Biblia; era esta un arma que su antagonista no sabía manejar, una espada que no podía esgrimir sin herirse. Muchos no atacan la Biblia sino porque la temen.

Me informé minuciosamente de la manera con que Miguel servía á su amo el que era reconocido por todos como hombre severo y exigente. Yo estaba en relaciones con él, pues frecuentaba mi iglesia, solíamos ocuparnos muchas veces de Miguel y me hacía de su conducta los mayores elogios. La lluvia, el frío, la nieve, nada le importaban, y cada día atendía con mas fidelidad al cumplimiento de sus deberes, sin tener en cuenta para nada ni los frios del invierno ni los calores del estío. Algunas veces hasta renunciaba al sueño cuando su deber así lo exigía. No reñía jamás con nadie ni se embriagaba nunca. «Jehová bendijo la casa del Egipcio

á causa de José», dice la Escritura, y yo creo poder decir también de Miguel: «Jehová bendijo al amo á causa de su criado;» el Señor estaba con él y hacia prosperar todas las cosas entre sus manos; sin embargo, los cortos haberes de Miguel, su vaca, su puerco, su humilde corral estaban espuestos siempre á los maliciosos atentados de sus vecinos, que no contentos con perjudicarle en sus intereses, le injuriaban hasta el punto de decir que su amo jamás conseguiría nada bueno mientras tuviera á su servicio un tal apóstata. Al referirme estas cosas, recuerdo que Miguel decía estas palabras:

—¿Sabe Vd., señor pastor, lo que de mí se dice? ¡Oh! la yerba no crecerá mas en los prados donde yo imprimo mi planta; pero Dios sea loado, mi amo nunca tuvo tan buen heno como este año. A escuchar á los vecinos, el ganado que yo pastoreaba no debía prosperar; pero gracias á Dios, mi amo nunca ha tenido mas robustos sus becerros, ni mas hermosos corderos que este año.

Al hablar así de la prosperidad de su amo, los ojos de Miguel lloraban de gozo, y á pesar de su mediano bienestar jamás le ocurrió quejarse de su suerte. No pedía jamás socorro ni prestaba dinero tampoco á nadie, ni hacía alusión siquiera á sus necesidades; le bastaba, como á San Pablo, tener su vestido y alimento; su mayor, su única ansiedad era el estado espiritual de su familia; les animaba frecuentemente á contrarestar la tormenta, es decir, á mantenerse firme en la verdad, no obstante la oposicion de los fanáticos. Era tan atrevido como un león; pero no podía infundir su valor á su esposa y á su hijo.

Un día entró á verme al despacho mi piadoso amigo, y presentándose con ademán majestuoso el incompleto ejemplar de la Biblia, que el Señor tanto había bendecido para su alma, os traigo este libro, señor pastor, me dijo; espero que tendréis la bondad de conservarlo. Me he preguntado á mí mismo qué sería de él cuando yo falte, y he creído que no podía colocarle mejor que en vuestras manos, que son las de un ministro de Dios.

Tomé el libro con respeto; sus páginas estaban ennegrecidas por el humo; había sido encuadernado segunda vez, pero solo por una de sus cubiertas, por medio de un trozo de cuero muy groseramente cosido, el cual había venido á reemplazar la encuadernación primitiva. Yo conservé este venerable fragmento con el mas esquisito cuidado durante trece ó catorce años; luego lo remití al depósito de la Sociedad Bíblica, donde se encuentra todavía. Aunque no es mas que un resto de la *Espada del Espíritu*, cuánto mas digno es que la espada de Goliath, ó la lanza de Aquiles. Ha sido manejada por un soldado de Jesucristo, el cual peleó el buen combate de la fé y fué valiente para la verdad.

(Se continuará.)

CARTA DEL DR. EN TEOLOGIA E. MICHAUD, canónigo honorario de Chalons y vicario de la iglesia de Santa Magdalena en Paris, al arzobispo de Paris.

A su eminencia monseñor Guibert, arzobispo de Paris,

Paris 5 de febrero de 1872.

Monseñor: ¿Debo confesar á su eminencia que me acuerdo con sentimiento de Viviers? ¿Se acuerda su eminencia todavía del buen tiempo de 1845 y 1853, cuando atacásteis tan enérgicamente al ultramontanismo y á su jefe Mr. Veuillot; cuando vos mismo no teníais miedo de comparar la actividad anticatólica de este partido con la actividad de Lutero? ¿Se acuerda su eminencia todavía de los dias felices de 1851, cuando le gustaba la lógica suave y tolerante, cuando su eminencia en ciertos juicios no quería que se juzgara según la regla de *A plus B*, cuando os avanzásteis hasta la declaración, que la ciencia de las matemáticas, esta ciencia tan exacta y distinta, conduce la mente al socialismo, y que

sería preciso rechazarla á la segunda línea? ¡Cuán agradable era entonces la vida en compañía de vuestra eminencia! Sin embargo, parece que los tiempos han cambiado enteramente, y mas aun los hombres. Sea lo que sea, yo tenia razon de esperar, que el obispo que en 1845, 1851 y 1853, era obispo de Viviers, nunca aceptaría el ultramontanismo con esa severidad matemática, y que le quedaria cierta dignidad humana y aun episcopal que guardar. Me he equivocado, monseñor; pocos dias há que en una conversacion con su tercer archidiacono yo le dirigí las dos preguntas siguientes: 1.ª ¿Permite el señor arzobispo á los sacerdotes de su diócesis, dar la absolución sacramental á los fieles que declaran rechazar el Concilio ultramontano del Vaticano, y por convicción interior no creen en sus dogmas no menos ultramontanos? 2.ª ¿Permite el señor arzobispo en su diócesis, la celebracion de la misa á aquellos sacerdotes que por convicción interior no creen en la ecumenicidad de este Concilio ni en la catolicidad de los mismos dogmas? Y á estas dos preguntas, su archidiacono contestó negativamente en nombre de vuestra eminencia. Así, monseñor, la posicion es muy clara. Ni el sacerdote ni el simple fiel pueden equivocarse. Su eminencia quiere no solo que se sujeten á los nuevos dogmas, sino que los crean por convicción interior. Así vos quereis, no solamente deshonrar la memoria de monseñor Darboy, sino también la vuestra. En cuanto á monseñor Darboy, su eminencia tal vez se apoyará en la carta de sujecion, como la llaman, la cual él, según se dice, ha escrito á Pio IX. Ignorando las espresiones de esta carta, que no se ha publicado todavía, no puedo hablar acerca de ella; prefiero citar las propias palabras de una conversacion que tuve el honor de tener con él el 10 de marzo de 1871, cuatro dias antes de su detencion. Esta conversacion es posterior á la carta citada, y ademas la incertidumbre de monseñor Darboy en la manera de hablar oficialmente, no puede valer para los que le han conocido mas que la franqueza de sus conversaciones confidenciales. Hé aquí sus propias palabras: según mi costumbre las he escrito tan luego como le habe dejado, y tengo buena memoria. El me dijo: «Perteneciendo Vd. al ejército, claro está que Vd. no puede hacer una revolucion contra sus superiores, ni tampoco atacar al Papa, que es mas fuerte que Vd. Así, debe Vd. sujetarse exteriormente, en sus acciones oficiales, á esta infalibilidad y á este Concilio. En cuanto á su conciencia, Vd. tiene bastante entendimiento para saber lo que tiene Vd. que hacer. Ellos pueden decir y hacer cuanto quieran, su dogma siempre será un dogma *tomio*, y su Concilio un concilio de siervos de la Iglesia. Viva Vd. en paz, siga Vd. trabajando, mire por sus fuerzas y cumpla su deber sin preocuparse de ellos. Vaya Vd. con Dios, hasta luego.»

Estas son, monseñor, las últimas palabras que me ha dicho, y probablemente las últimas que ha hablado acerca de esto. Vos me permitiréis tenerlas por santas. ¡Cuántas otras podría yo contar! Aun no ha llegado la hora. En cuanto á vos, monseñor, habíais declarado tiempo há que el partido ultramontano era anticatólico, y hoy dia tratais á los católicos, que han rechazado constantemente el ultramontanismo, como á cismáticos. Antes definíais la verdad católica como la verdad universal, la cual, según la fórmula de San Vicente de Lérins, en todas partes, siempre y por todos fué creída, y actualmente esta verdad católica es para vos solamente la verdad romana.

Antes era la Iglesia católica la union de todas las iglesias particulares, y hoy dia es la misma Iglesia católica, según su eminencia y sus partidarios, nada mas que Roma; y Roma á sus ojos, es el Papa, el Papa solo. Así, que según vos y vuestros partidarios, el catolicismo es el Papismo, y la Iglesia de Jesucristo, es el individualismo de un individuo. No se trata ya de ninguna manera para vos de Jesucristo, sino de su vicario; su vicario que se ha hecho su señor, porque para vos el Evangelio está sujeto á la definicion que dá el Papa de él. Así

es, monseñor, el único y verdadero sentido de la infalibilidad, el de la omnipotencia universal del Papa, que el Concilio romano ha decretado como artículo de fé. Es un cambio completo de bandera. Pero, ¿cuánto un francés con honor despreciaría, al soldado que despues de haber jurado lealtad á la bandera nacional, consintiera que fuese despedazada hasta que quedara solamente una bandera azul, ó una blanca, ó una encarnada! ¿De cuánta deshonra se cubriría un soldado de Cristo que ha jurado lealtad á la bandera católica en la vida y la muerte, y consintiera que fuese despedazada y profanada de tal manera, que ya no significara mas el catolicismo, sino el ultramontanismo! ¿No mas la union de todos los fieles sino el absoluto, omnipotente é infalible arbitrio de una persona! ¿No mas el Evangelio de Jesucristo, sino la bula de un Borgia del pasado ó del porvenir! Yo, por mi parte, monseñor, nunca me haré culpable de un pecado tan grande.

Por esa razon, tengo el honor, al mismo tiempo que envio á monseñor de Chalons mi dimision de canónigo honorario de su catedral, de enviar á su eminencia con esta carta mi dimision como vicario de la Magdalena. Yo sé, monseñor, lo que me costará esta resolucio; pero el gozo de un deber cumplido, equivale al sentimiento de cumplirlo. Si la excomunion que vos, sin duda, lanzareis contra mí, me separase del cuerpo y del alma de la Iglesia católica, la temería. Pero semejante excomunion no está, gracias á Dios, en su poder. Todo lo que vos podeis hacer, es separarme de la Iglesia ultramontana, y esto es en verdad escusado, porque nunca he pertenecido á ella, y siempre he confesado que un abismo separa al catolicismo del ultramontanismo. Pero sean las que fueren las condiciones bajo las cuales se sale de la Iglesia ultramontana para quedarse en la Iglesia católica, no pueden ser demasiado difíciles. ¿Por qué, me han dicho sus amigos, destruye Vd. de tal manera su porvenir y su estado actual, perdiendo el respeto de los católicos romanos? Yo he contestado que mi porvenir está en el cielo; que mi estado actual consiste en la libertad de seguir siendo católico verdadero; en la libertad de decir la verdad en alta voz; en la armonía de mi vida con mi conciencia. Y la mejor prueba, es que yo, en verdad, dejo una posicion envidiada, sin saber de qué manera me permitirá la Providencia ganar lo que necesito para el día de mañana. Pero por difícil que parezca, prefiero la pobreza con honor, á la riqueza con remordimientos. Sí, prefiero una vida agitada con una conciencia tranquila, á una vida tranquila con una conciencia atormentada. Por malas, por odiosas, por violentas que sean las maldiciones de los ultramontanos, nunca valdrán en mi corazon tanto como el aplauso de los hombres honrados y de los católicos verdaderos.

In te domine speravi, no confundar in aeternum. En tí, oh Señor, he puesto mi confianza. No, yo no seré confundido para siempre.

Pero Vd. destruye la autoridad de la Iglesia, me dicen algunos.

Estoy tan lejos de destruirla, que vuelvo por el contrario á sustentarla. Vosotros los ultramontanos la habeis dejado caer en el absolutismo de una persona, y nosotros, los católicos verdaderos, liberales verdaderos, y verdaderos conservadores al mismo tiempo, queremos sustentarla sobre el fundamento original y divino. No es la verdadera autoridad de la Iglesia la que atacamos, sino el abuso que vosotros haceis de ella. En vez de hacer una revolucion contra las leyes é instituciones divinas de la Iglesia, atacamos á los jefes que se han sublevado contra las leyes, á los jefes que han hecho un *coup d'état* en perjuicio de la Iglesia entera, á los jefes que han desgarrado su Constitucion. Obedecer á los desobedientes, quiere decir obedecer segun la manera de los judíos ó gentiles, segun la letra que mata, y no segun el espíritu que vivifica. Así se mata la conciencia, así se conduce á naciones enteras por el camino de la perdicion.

Quien por una sujecion criminal sanciona el arbitrio de poderes absolutos y tiránicos, es un destructor del orden, tanto como el que abusa de

la libertad. ¡Ay de la pobre Francia, si no vuelve al concepto sano de la autoridad, sobre todo en religion, y no se resuelve pronto á poner el amor de las leyes y de la constitucion sobre el servilismo de los jefes, especialmente de esos jefes que no retroceden ante el medio de servirse de la fuerza para hacer traidores.

Pero se me ha dicho despues: ¡Vd. dará un gran escándalo!

Eso es verdad, ¿pero á quién? á los que no tienen carácter y á los fanáticos, no á los que tienen entendimiento y á los siuceros. ¿Y cómo? cumpliendo con mi deber.

Estas dos reflexiones, monseñor, disminuyen bastante, segun pienso, mi culpa, si tengo alguna. Pero sea de esto lo que quiera, estos sacerdotes y obispos escépticos que aceptan los nuevos dogmas ante los ojos del mundo y se burlan en secreto de ellos, me dan á mí aun un escándalo mucho mayor. El juicio de Dios nos dirá quiénes son los mas culpables. Entretanto me consuela el pensamiento que Jesucristo tambien ha dado escándalos á la signagoga, á los sacerdotes, á los escribas y á los fariseos. Si hay escándalos que pierden, tambien hay otros que edifican, porque no tienen su origen en la temeridad de la mala intencion, sino en el valor de la virtud. Si Francia diese algunos escándalos mas de esta especie y algunos menos de otra naturaleza, no se agitaria en el abismo en que el romanismo, es decir, el cesaropapismo la ha metido.

Esta, monseñor, es mi opinion. Si yo fuera solo para defenderla, yo desconfiaría mucho de mí mismo. Porque como se me resiste el creer que el Papa, hombre como todos los demas, y por consiguiente sujeto al pecado y á la ignorancia, no esté de la misma manera espuesto á equivocarse, tampoco yo pretenderia á un grado mas elevado del entendimiento.

Pero gracias á Dios, no estoy solo. Sin embargo, yo no me llamo legion como Satanás, ó su internacional encarnada ó negra, pero yo sé que hay muchas almas que secretamente creen y piensan como yo. Sin hablar de los obispos armenios, que están unánimes para rechazar vuestro Concilio, sin hablar de los sacerdotes y fieles que en Hungría, en Bohemia, en Austria entera, en Baviera, en Silesia, en Wurtemberg y en el resto de Alemania, prefieren ser escomulgados por vosotros y llamados con oprobio herejes, á abjurar de sus convicciones; ¿no hay en Francia, en Inglaterra, en Italia, en España, un número de sacerdotes y laicos que no han olvidado, segun la confesion de obispos eminentes, que la discusion habida en el Concilio del Vaticano no ha sido verdadera ni severa? ¿Quién puede olvidarse que un obispo francés ha llamado á este aparente Concilio una farsa del Vaticano, *Ludibrium vaticanum* para ponerle en paragon con el falso Concilio de Efeso, que se llama en la historia el Concilio de los ladrones, *latrocinium Ephesinum*? Yo conozco personalmente bastante al clero romano para saber que un gran número de sacerdotes, y de ellos especialmente los mejores y mas cultos, rechazan en lo íntimo de su conciencia los decretos de ese falso Concilio. Por eso yo me atrevo á esperar y á aguardar.

Para ser breve, permitidme, monseñor, concluir con estos dos puntos:

1.º Yo soy católico y seguiré siendo católico, no segun las resoluciones heterodoxas del ultramontanismo, sino solamente segun el principio ortodoxo del antiguo catolicismo, que es la única verdadera regla de la fé, y que San Vicente de Lérins ha fijado admirablemente. Lo que en todas partes, siempre y por todos ha sido creído, *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est*.

2.º Yo soy sacerdote y seguiré siendo sacerdote. Obligado por el momento á reconocer en vos, no la fuerza del derecho, sino el derecho de la fuerza, no podré ejercer mi sacerdocio en las iglesias, que vos, gracias á la ignorancia de los fieles, cerrareis para mí. Pero el lugar no influye en el efecto de los sacramentos. A todas partes, ó donde me llamen los fieles, pobres y ricos, yo iré. A cualquiera que lo

deseo yo le daré los sacramentos de la Penitencia, del Bautismo, del Matrimonio, de la Santa Cena y de la Extremauncion. Yo acompañaré á los difuntos á su última morada y rezaré allí las oraciones de la Iglesia. La misa yo la diré en mi casa. Así lo hacian los primeros cristianos en tiempos de la persecucion. Nada nuevo hago, imito solamente. Sí, me aprovecharé de los derechos que me dá la persecucion, como tambien sabré soportar sus ultrajes.

Si puedo hablar y predicar, hablaré y predicaré. Entretanto escribiré, escribiré para desarrollar lo que vos guardais en secreto y para mostrar en dónde está la Iglesia verdadera; y no solamente escribiré, sino mas aun, mis amigos y yo trabajaremos. Desde mañana se fundará un comité de accion, que tendrá su centro en mi casa, boulevard de Neuilly, número 49, y que estará en conexion con todos los demas comités de Rusia, Alemania, Inglaterra, Italia y España. En cuanto tengamos bastantes medios materiales para abrir una iglesia, para soportar los gastos del culto, para sustentar á los sacerdotes que con nosotros se unan lo haremos, y á pesar de todas las dificultades que siempre se oponen á los principios, veremos nosotros ó los que vengan detrás de nosotros, quién vencerá al fin, si los que luchan por Cristo que gobierna al Papa por su Evangelio, ó los que luchan por el Papa que pone su *Syllabus* en lugar de Cristo.

Recibid mis respetuosos recuerdos, con que soy, monseñor, de vos S. S. S. en Jesucristo, E. Michaud, doctor en teología, canónigo honorario de Chalons, vicario de Santa Magdalena.

OBRAS DE DIOS.

El sol que nos alumbra
Con sus fulgentes rayos
Haciendo ver al hombre
Del mundo los encantos,
Sin que sus ojos puedan
Mirar despacio al astro
Que calma los pesares,
Mitiga nuestro llanto,
Y alumbra en su carrera
Del hombre los trabajos,
Anuncia la existencia
De un sér sublime, santo.

La bóveda celeste,
La luna que admiramos
En las serenas noches
Del plácido verano;
La refulgente estrella,
La tierra que habitamos,
Las perfumadas flores,
Las aves con sus cantos,
Anuncian la existencia
De un sér sublime, santo,

El hombre que esto admira,
Que observa los encantos
Que la *natura* pródiga
Le dió al orbe terráqueo;
Si reflexiona un poco
Su origen y su estado,
Si vé del mar las olas,
Las aves, peces y astros,
Dirá: ¡bendito sea
El sér que esto ha creado!

M. CUARTERO.

COMUNICADO.

Sr. Director de LA LUZ.

Un suscriptor ha leído lo que el núm. 95 de ese periódico de 15 de febrero, publica de la iglesia de Granada. Los fondos de limosnas para los pobres

importaron en el semestre de 2 de julio á 31 de diciembre..... Rs. vn. 197,26
Se distribuyeron en limosnas..... 94
Quedaron existentes en efectivo..... 103,26

Ese estado demuestra que la iglesia de Granada es tan pobre, que en seis meses no ha recaudado mas que la exígua cantidad recordada; pero tambien muestra que es tan rica que apenas contiene pobres, pues 94 rs. es todo lo distribuido. Tales publicaciones pueden ilustrar á algunos, entontecer á otros: sería bien que nos humillasen á todos.

UN SUSCRITOR.

NOTICIAS VARIAS.

Tenemos el gusto de comunicar á nuestros lectores, que la obra cristiana de Huelva no quedará suprimida, como digimos en nuestro número anterior. El comité de Escocia continuará sosteniéndola como ha venido haciéndolo hasta ahora.

Es muy probable que tampoco se suprima la de Córdoba.

Un cristiano evangélico ha sido víctima de un atropello inculcable en la villa de Cuacos, provincia de Cáceres. Hallábase en la posada el día 11 del pasado mes de febrero, cuando se presentaron en ella á eso de las nueve de la noche dos desconocidos. Segun dijeron venian á comprar Biblias y otros impresos. Con este motivo penetraron en la habitacion de D. Manuel Lapuente y Romero, que es el cristiano de quien se trata, y despues de haber hojeado algunos libros, apagaron la luz, dieron terribles golpes al inofensivo ciudadano español, que ningun mal les habia hecho, y cuando le dejaron tendido en el suelo bañado en su sangre, huyeron precipitadamente, pero no sin haberse llevado antes todo el dinero que encontraron á mano. Informado de lo ocurrido el señor alcalde de dicho pueblo, se presentó en la posada acompañado del facultativo D. Hilario Arjona, y prodigaron al herido cuantos auxilios le fueron necesarios. Entre las personas que mas se esmeraron en dar muestras de deferencia á nuestro amigo, debemos citar á D. Florencio Arjona y D. Gregorio Mateo Sanchez.

Un hecho de este género no necesita comentarios. Si son romanos los que han cometido este crimen, les diremos solo que han conseguido un gran triunfo y que desde hoy ya no es posible dudar de la verdad y excelencia de su religion.

Dice un colega valenciano que en Alcalá (suponemos que será Alcalá de Chisbert) se presentó dias pasados un pastor protestante, y que desde lo alto de un carruaje tirado por dos caballos comenzó á repartir Biblias y folletos reformistas. El cura del pueblo escitó á sus feligreses para que no admitieran los libros ni cooperaran á la propaganda luterana, y con tal motivo parece que hubo en la plaza un ligero alboroto, sin ulteriores consecuencias.

¡Buenas ganas se le pasarían al cura de Alcalá de imitar la conducta de los dos valientes de Cuacos! Pero, gracias á Dios, por esta vez no ha conseguido su intento.

De nuestro apreciable colega *El Clamor del Magisterio*, apreciable periódico de primera enseñanza que se publica en Barcelona, tomamos el siguiente suelto:

«No hay por qué alegrarse.—Algunos periódicos han recibido con verdadero júbilo la noticia de que en determinadas capitales iba en notable descenso la afición á las escuelas y capillas protestantes. No hay tanto motivo para alegrarse como parece á

primera vista, mirada la cuestion desde el punto de vista del catolicismo; pues ni al protestantismo, ni al espiritismo, ni á otras sectas monoteistas ha de atribuirse principal y casi exclusivamente la irreligiosidad que cunde de una manera alarmante por todas partes; sino al indiferentismo, al escepticismo, al ateismo, que hacen cada dia nuevos y mas numerosos prosélitos en todas las clases sociales, y muy singularmente en los hombres de letras y en los trabajadores mecánicos, que son la cabeza y el brazo, respectivamente, de nuestras sociedades.»

Nosotros añadimos ahora: que no es cierta la noticia dada á algunos periódicos de que actualmente se vaya perdiendo la afición á las escuelas y capillas protestantes. Lo que ha sucedido es muy fácil de comprender. En un principio han venido á nuestras capillas muchos curiosos y tambien muchos hombres sin conciencia, atraídos por el deseo de recibir el dinero que, segun los curas romanos, dábamos á cuantos se unian con nosotros. La experiencia ha venido á probarles que se habian engañado, y han vuelto de nuevo á la Iglesia romana, fingiendo creencias que no poseen, y un entusiasmo que nunca tuvieron, para ver de explotar ahora á aquellos mismos á quienes abandonaron. ¿Ha perdido algo la religion evangélica con la desaparicion de esos hombres?

Ha ganado mucho en nuestro concepto. Una vez separados de ella los que son la ruina de toda causa noble y santa, podemos asegurar que la religion evangélica hace progresos en España y que muy pronto se establecerán iglesias en algunas ciudades importantes de la Península.

Tambien diremos á nuestro apreciable colega que la irreligiosidad que cunde por todas partes no debe atribuirse ni principal ni exclusivamente ni de ninguna manera al protestantismo, sino á la Iglesia romana que se ha contentado con ceremonias y fórmulas vanas en vez de aspirar á la adquisicion de la verdadera vida cristiana. ¿Pero qué le importa á Roma la vida cristiana, ni las manifestaciones de esa vida? Mófese el hombre allá en su interior de Roma y de la religion cristiana; con tal que esteriormente acate al Papa y confiese públicamente que cree y confiesa cuanto enseña la Iglesia, se dá Roma por satisfecha. Esa ha sido su conducta en España en los últimos siglos; ¿qué tiene de extraño que la indiferencia ó el ateismo cundan por todas partes?

Entre los artículos reformados de la Constitucion de Suiza hallamos los siguientes:

«Art. 47. La libertad de conciencia y de creencias es inviolable. Nadie podrá ser molestado en el ejercicio de sus derechos civiles ó políticos por causa de opinion religiosa, ni ser obligado á cumplir un acto religioso, ni ser castigado por este motivo.

Nadie puede ser obligado á pagar impuestos establecidos especialmente para las necesidades de una comunión religiosa á la cual no pertenezca.

Nadie puede, por causa de opinion religiosa, quedar exento del cumplimiento de un deber civil.

Art. 48. El libre ejercicio de los cultos queda garantido en los límites exigidos por el orden público y las buenas costumbres.

Art. 49. El derecho de matrimonio está bajo la legislación y la proteccion de la confederacion.

La mujer adquiere por el matrimonio los derechos civiles del marido. Los hijos nacidos antes del contrato matrimonial se legitiman por el enlace próximo de sus padres. La celebracion del contrato matrimonial es completamente gratuita.

Art. 65. No podrán ser admitidos en ninguna parte de la Suiza la Compañía de Jesús, y las sociedades á ella afiliadas; y sus miembros no podrán tener intervencion alguna en la enseñanza y en la Iglesia.

Queda prohibida la creacion de conventos, ó el restablecimiento de los que han sido suprimidos.»

Se nos ocurren algunas consideraciones que sometemos al juicio de los católicos romanos. Sus

órganos en la prensa nos dicen, como si no «supiésemos lo que pasa en el mundo, que la gran mayoría de los habitantes de Suiza se han convertido al catolicismo. ¿Cómo esplican en ese caso esa severidad de la Constitucion reformada con los jesuitas y demas órdenes religiosas? O no son católicos los que han reformado la Constitucion, ó son católicos que creen muy malo el establecimiento de los conventos. No hay medio de eludir la alternativa.

Los que han reformado la Constitucion, son en su gran mayoría protestantes, y á pesar de su liberalismo están convencidos de que de permitir la fundacion de los conventos tendrian que suprimirlos de nuevo, y como gente práctica, no quieren perder el tiempo.

En otro lugar hallarán nuestros lectores la traduccion de la carta enviada por el vicario de la Magdalena, Mr. Michaud, al arzobispo de París.

Actualmente hay un inmenso movimiento evangélico en la República mejicana, y desde la capital se estiende á las demas provincias de la República; un movimiento destinado á producir en pocos años cambios notables y provechosos para aquel pais, porque el Evangelio recibido y obedecido, dá al pais que lo recibe y obedece bienes, no tan solo espirituales, sino temporales.

Los que están á la cabeza del movimiento evangélico en Méjico, han establecido su centro en la capital y en ella han comprado y actualmente se ocupan en restaurar la iglesia antes llamada de San Francisco y hoy denominada por los protestantes, de Jesús.

Esta iglesia, situada en el centro de la ciudad, era anteriormente el lugar del culto de las principales familias: dá cabida á unas 3.000 personas, y se cree que cuando el Sr. Aguas, antes cura católico, hoy dia uno de los mas elocuentes y ardientes predicadores del Evangelio, se establezca en ella, podrá ser una congregacion independiente y con vida propia.

Un periódico bávaro, *La Gazeta de Kempten*, ha reproducido algunos extractos publicados por un cura católico en uno de los pueblos de Baviera. Hé aquí como ese ilustrado sacerdote educa á sus feligreses:

«Nosotros, sacerdotes, estamos por encima de los emperadores, reyes y príncipes de la tierra, tanto como el cielo está por encima de la tierra. Reyes y príncipes, comparados con nosotros, tienen menos valor que el plomo comparado con el oro. Los ángeles y arcángeles quedan muy por detrás de nosotros, puesto que, en lugar de Dios, podemos perdonar pecados, lo que no pueden hacer los ángeles ni los arcángeles. Ocupamos un puesto mas elevado que la madre de Dios, porque ella no ha dado á luz al Cristo mas que una sola vez y nosotros creamos á Dios todos los dias. Sí, los sacerdotes estamos aun por encima de Dios, porque Dios debe á un signo de nuestra voluntad, bajar del cielo en la consagracion de la santa misa.

»Dios ha creado, es verdad, al mundo en seis dias, diciendo: que el mundo sea. Pero á nosotros nos basta pronunciar tres cortas palabras para crear al mismo Dios. Por eso en los tiempos en que existió la fé cristiana, el sacerdote fué objeto de la mas alta veneracion: reyes y emperadores se arrojaban á los piés de los sacerdotes y pisaban la tierra que sus piés habian hollado. Y hoy se atreven los gobiernos á perseguir á los sacerdotes y á amenazar con la cárcel á los que son fieles á su fé.»

A todas estas blasfemias no se nos ocurre oponer mas que este texto de la Palabra de Dios: «El que se ensalzare, será humillado.» (Evangelio de San Mateo, cap. xxiii, ver. 12.)

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.